

ORÍGENES DE UNA CONCIENCIA LIBERAL

Cuenta *El Imparcial* del 20 de mayo de 1887 que, la jornada previa, Madrid vivió uno de esos días primaverales en los que resulta tan agradable pasear por la ciudad: «Según los partes recibidos, ayer no llovió en ninguna provincia. En Madrid la temperatura máxima fue 26,6° y la mínima 7,7°». Sin embargo, en el domicilio de los Mara- ñón Posadillo, muy cercano a la Puerta de Alcalá, en el número 8 de la madrileña calle Salustiano Olózaga, debió de ser un día de nervios y preocupación.

Carmen Posadillo Vernacci estaba de parto y venían gemelos. Aunque su familia era de origen cántabro, ella era natural de Cádiz e hija de un magistrado del Tribunal Supremo, que marchó primero a Mani- la y después a La Habana para ser presidente de la Audiencia. Su mari- do, Manuel Mara- ñón y Gómez Acebo, era oriundo de Santander, un próspero abogado en el Madrid de la Restauración, diputado por el Partido Conservador y académico de la Jurisprudencia desde 1876¹. Además era autor, junto a León Medina, de una serie de famosos com- pendios de legislación y miembro de la Real Academia de Jurispru- dencia desde 1876. El matrimonio Mara- ñón Posadillo había tenido ya tres hijos, Manuel, José María y Guadalupe, esta última fallecida a los dos años. Tras el triste deceso quizá esperaban otra niña; sin embargo junto a Gregorio llegó Luis, quien también murió al poco de nacer². Más tarde aún llegarían otros dos hijos varones, José Luis y Javier. Poco después, el 3 de noviembre de 1890, Carmen perdió la vida como con- secuencia de otro parto, cuando el pequeño Gregorio apenas contaba tres años. La mortalidad materna en la España de finales del siglo XIX

era elevada como consecuencia, sobre todo, de las infecciones y hemorragias derivadas del parto³. De aquella irreparable pérdida le vino a Marañón su aversión por la ginecología.

Aquel liberal que llegaría a ser uno de los médicos más reputados de la historia de España nació en el seno de esta familia burguesa, conservadora e ilustrada. A pesar del temprano fallecimiento de su madre, que le privó de tan necesario referente en su infancia y juventud, Marañón recordó siempre de manera feliz el ambiente que le rodeó, algo que debió al gran ánimo con que su padre sobrellevó su temprana viudedad⁴. Manuel Marañón encomendó la primera educación del pequeño Gregorio a alguna institutriz, de manera que hasta el inicio de la enseñanza secundaria el aún niño no ingresaría en el colegio privado de San Miguel —en España no se estableció la enseñanza obligatoria para los niños de 6 a 12 años hasta 1909—. Situado en la calle de las Torres, estaba regentado por José Campos, cuyo carlismo el propio Marañón calificaría más tarde de «rabioso». Con todo, del paso por sus aulas dijo haber aprendido «lecciones de hombría y libertad de espíritu»⁵, a diferencia de algunos de sus coetáneos más afines, como Ortega y Gasset o Pérez de Ayala, que no ahorraron críticas a su paso por colegios de jesuitas⁶. De entre sus amistades escolares fue especialmente importante la de Miguel Moya y Gastón de Iriarte, con cuya hermana Dolores terminaría casándose. Hijo de Miguel Moya, uno de los hombres más influyentes del mundo periodístico de su tiempo —director del diario *El Liberal* que, junto a *El Imparcial* de Ortega Munilla (a su vez padre de Ortega y Gasset) formó el llamado *trust* de la Prensa o Sociedad Editorial de España, creado en mayo de 1906, uno de los grandes conformadores de opinión en la España de la Restauración—, la de Miguel fue para Marañón una de esas amistades de la infancia que le acompañaron toda la vida.

En la casa paterna Marañón creció en un ambiente cultivado, rodeado de música y de lectura. Su padre había traducido, también con su amigo León Medina, una obra que recopilaba una serie de artículos de Víctor Wilder titulada *Beethoven. Sus días de gloria y sufrimiento* (1880). Apasionado por la música desde muy joven, cuando era asiduo a los estrenos en el Real, entre los compositores favoritos de Marañón figuró siempre Wagner, y participó activamente en la creación de las Juventudes Wagnerianas de Madrid. En su iniciación al placer de la lectura, devoró los clásicos griegos y latinos —le impresionó singularmente la *Historia de Roma* de Mommsen—, los dra-

mas shakesperianos, las grandes novelas francesas del XIX —a la temprana edad de 23 años confesaba a su novia conocer bien a «todos sus autores»— y las colecciones de revistas ilustradas como *El Museo Universal*, *La Ilustración Española y Americana*, o la regional *La Abeja Montañesa*⁷. En ellas eran habituales las firmas Emilio Castelar, José María de Pereda, Marcelino Menéndez Pelayo o Benito Pérez Galdós. Estos tres últimos frecuentaron el hogar de Manuel Marañón e influyeron decisivamente en el modo de comprender el liberalismo de Marañón como algo más que una ideología, como una pauta de conducta. Imbuido de un profundo humanismo y de una concepción personal de la medicina, para Marañón ser liberal era algo consustancial a la persona. En este sentido, escribió que el «sueño de la libertad [...] es imprescindible para el bienestar [...], porque está unido al instinto de vivir. Se ama la libertad como se ama y necesita el aire, el pan y el amor»⁸. En el prólogo a sus *Ensayos liberales* (1947) afirmó que se es liberal «como se es limpio, como, por instinto, nos resistimos a mentir». Entonces explicó que el liberalismo implicaba, «primero, estar dispuesto a entenderse con el que piensa de otro modo; y segundo, no admitir jamás que el fin justifica los medios, sino que, por el contrario, son los medios los que justifican el fin»⁹.

En los veranos transcurridos en Santander, asistió a tertulias en las que con frecuencia estaban presentes estos amigos de su padre. La amistad entre personas de ideas tan dispares, el respeto que se mostraban, en definitiva, la libertad de espíritu que desde pequeño Marañón vio gobernar el ambiente de las reuniones celebradas en su casa marcaron para siempre su modo de entender la vida. De esa experiencia dijo haber aprendido la lección de la tolerancia. Por entonces Galdós atravesaba los momentos más agudos de su liberalismo anticlerical, mientras que Pereda y Menéndez Pelayo eran ambos hombres de la derecha; el primero absolutista y carlista riguroso y el segundo, tradicionalista, católico a ultranza y españolista. Que Marañón viviese su infancia y comenzase su juventud observando y escuchando las actitudes y opiniones de algunos de los más destacados intelectuales de su tiempo fue decisivo en su personalidad y pensamiento. Aquel ambiente fue, sin duda, excepcional. La fascinación que debió de sentir ante la erudición de Menéndez Pelayo, su asombro ante la sencillez culta de Pereda y su devoción por la inteligencia e imaginación de Galdós le iniciaron también en el camino del conocimiento.

Además del legado intelectual y del afecto y estima personal que Marañón tuvo por los tres, es significativa la presencia de estas personas en algunos de los momentos clave de su biografía, quizá intrascendentes para aquellos hombres, pero decisivos para el joven Gregorio. Por ejemplo, Menéndez Pelayo le acompañó al examen de Ingreso al Bachillerato junto a su padre. Como alumno del colegio de San Miguel, le correspondía examinarse en el instituto San Isidro de Madrid; sin embargo, una neuralgia le impidió presentarse el día de la prueba. Al llegar el verano, como siempre, los Marañón se trasladaron a Santander donde, tras ceder sus problemas de salud, pudo hacer el examen gracias a la intercesión del célebre autor de la *Historia de las ideas estéticas en España*. El joven Gregorio tenía dificultades de relación debidas a su timidez y a una notable dislalia que dificultaba su capacidad expresiva (tan sólo unos años después, en 1910, escribiría a su ya entonces novia Lolita Moya: «Me dices también “el entusiasmo con que me escribes no lo has puesto nunca en tus palabras”. Eso es verdad, [...] me expreso con mucha más facilidad escribiendo que hablando»¹⁰). Su padre y Menéndez Pelayo le ayudaron mucho en ese sentido: «Me presentaron a los catedráticos, tranquilizando con las consabidas recomendaciones mi timidez, que era mucha, y que tardé largos años en vencer a fuerza de esfuerzos heroicos de mi voluntad. Gracias a estas ayudas fui aprobado, pues el tribunal, a pesar de su notoria benevolencia, me sobrecogió hasta el punto de no dar pie con bola en las preguntas escandalosamente elementales que me hicieron»¹¹.

Benito Pérez Galdós ocupó siempre un lugar especial en el corazón de Marañón. No en vano había sido su padrino de confirmación¹². También fue fundamental, en un aspecto importante del universo marañoniano, su devoción por Toledo. Ya en los veranos de Santander, el literato le inició en el conocimiento y admiración por Toledo a través de su colección de postales. Más tarde, de su mano conoció la ciudad y de él aprendió «el amor a Toledo, esto es, amor a España»¹³. De lo que escuchó al propio Galdós y de lo que leyó en su obra se le fue haciendo familiar la ciudad sin aún conocerla. Cuando por fin Marañón visitó Toledo junto al escritor, éste le enseñó alguno de sus rincones más bellos, como los conventos de clausura, cuyo silencio se antojó a Marañón «un remanso del ruido del tiempo, del ruido de la historia», de esa vorágine que tantas veces le rodeó a lo largo de su vida¹⁴. Con Galdós vivió momentos entrañables en la ciu-

dad manchega, como cuando, al visitar su catedral, el literato lo aupaba con ayuda de una silla para que el pequeño Gregorio introdujera su dedo en una bicha de bronce que adornaba el púlpito. En ella Galdós había introducido una pequeña piedra que, encajada, el niño podía acariciar con la yema del dedo meñique. Marañón cuenta que le gustaba tanto recordar aquellas visitas que, pasados los años, descubrió que la piedra había desaparecido y que, seguramente, la culpa era suya por haberlo contado tantas veces....

Singular influencia tuvo también en Marañón el prestigio social y un tanto mítico del que gozan los médicos en la obra galdosiana. Sabemos que fue una de sus lecturas preferidas de adolescencia y quizá fue un factor decisivo en su definitiva orientación hacia la medicina. Este deslumbramiento juvenil se vio correspondido cuando, el 12 de marzo de 1918, entonces día de San Gregorio, el autor de *Trafalgar* regaló a Marañón, que con 30 años descollaba ya como una de las grandes figuras médicas de su tiempo, una edición de este *Episodio Nacional* con una conmovedora dedicatoria: «A Gregorio Marañón, activa y piadosa lumbrera que esclarece los senos más recónditos de la medicina. El más fanático de sus admiradores. B. Pérez Galdós».

TEENAGER DEL DESASTRE

Si Menéndez Pelayo, Galdós y Pereda fueron fundamentales en la conformación de la conciencia liberal de Marañón, el punto de inflexión de su infancia fue, sin duda, el *Desastre*. Cuando se produjo, entre abril y agosto de 1898, la destrucción de la flota española por parte de la norteamericana en Cavite, Filipinas, y en la bahía de Santiago de Cuba, Marañón contaba 11 años. Junto a los miembros de su generación, eran los que han sido llamados con la feliz expresión *teenagers del desastre*¹⁵. Aquel ambiente de zozobra consecuencia de la pérdida de los últimos reductos coloniales de España marcó la adolescencia de la futura generación del 14.

El final del siglo XIX fue uno de esos periodos en los que el ritmo histórico se acelera. En el pensamiento político occidental predominaba la creencia, derivada del darwinismo social, de que el panorama internacional estaba compuesto de naciones vivas y naciones moribundas. Esta doctrina política, acuñada por el primer ministro británico lord Salisbury en el célebre discurso que pronunció en el

Albert Hall de Londres el 4 de mayo de 1898, sostenía que de los países y razas del norte venía la nueva fuerza y orientación espiritual que había de guiar los destinos mundiales en el nuevo siglo, en detrimento de las naciones y razas meridionales. Junto al 98 español, se asistió al italiano en Adua —donde Abisinia, hoy Etiopía, derrotó a Italia—, al francés en Fashoda —donde los galos decidieron retroceder en la zona del alto Nilo, hoy Sudán, y evitar el enfrentamiento con Inglaterra— o al portugués en la llamada «crisis del Ultimátum» —por el que los lusos renunciaron a la unión de Angola y Mozambique cediendo también ante los intereses británicos¹⁶—.

En ese contexto, los intelectuales españoles esperaban comprobar si se produciría un cambio político similar al de Francia tras la debacle de Sedán en 1870, cuando sufrieron una humillante derrota frente a la Prusia de Guillermo I que acabó con Napoleón III en los calabozos. Se esperaba, como había planteado Miguel de Unamuno en *En torno al casticismo* (1895), una reacción nacional. Del replanteamiento de la idea de España auspiciado por los hombres del 98 surgieron las demandas regeneracionistas y el «redescubrimiento» de la América española¹⁷. Pese a todo, en España no se produjo un *revanchismo* contra Estados Unidos similar al de Francia respecto a Alemania tras 1870 y que había dado lugar, primero, a la Comuna de París y después a la Tercera República de Thiers. Aunque los intelectuales del 98 reclamaron un espacio propio para la articulación del cambio político que debía significar la desaparición de la España *oficial*, la de la Restauración caracterizada por la «oligarquía» y el «caciquismo» que había descrito Joaquín Costa en 1902, no lo obtuvieron. El *sistema de turno* no entraría en crisis hasta dos décadas más tarde y aquellos hombres, Unamuno, Baroja, Maeztu, Azorín, Machado o Valle-Inclán, tuvieron que conformarse con continuar su tarea educativa y cultural en busca de la implantación de una nueva moral colectiva que diera lugar a la emergencia de la España *real*.

En ese momento de tensión histórica en casa de Marañón debió de cundir un ambiente de profunda consternación por los sucesos ultramarinos. Debieron de ser especialmente sensibles a la pérdida de Cuba, pues el abuelo de Gregorio, Manuel Posadillo Bonelli, había sido presidente de la Audiencia de La Habana. El prestigio social y profesional de su padre, que además de reputado abogado fue consejero del Banco de España y diputado por Madrid por el Partido Conservador, llevaría a que algunas de las personalidades

políticas, económicas y sociales más destacadas de aquel momento frecuentasen el domicilio familiar y el despacho jurídico de Manuel Marañón. El inmueble donde entonces residía la familia, en el número 3 de la calle Lista —hoy Ortega y Gasset—, era propiedad del conde de Romanones, con cuya familia Marañón tuvo desde entonces y para siempre una intensa vinculación. Como Romanones, también sabemos que Antonio Maura defendió junto a Manuel Marañón los intereses de Galdós en un pleito por la propiedad intelectual de sus obras. Los comentarios de ambos y de otros destacados personajes de entonces a propósito del Desastre llegarían a los oídos del ya adolescente Marañón. Fue entonces cuando aquellos *teenagers* se acercaron al conocido como *problema de España* que heredaron de sus mayores y que les llevaría a una «reflexión ensimismada sobre la idea de España y su realidad histórica»¹⁸. Así, los Marañón, Ortega, Azaña o Pérez de Ayala asumieron el reto de generar la reforma profunda que llevase a la modernización de España, a su europeización, un reto que se convirtió en rasgo definitorio de su generación.

VOCACIÓN MÉDICA

Recién cumplidos los 15 años, nada hacía presagiar que el joven Gregorio se inclinara por estudiar Medicina. Sus últimas calificaciones escolares muestran que fue un excelente estudiante tanto en ciencias como en humanidades. Sus mejores notas las obtuvo en Historia Universal, Geometría y Trigonometría, Historia Natural, Agricultura y Física y Química, en las que obtuvo sobresaliente premiado. Las peores, Francés (segundo) y Gimnasia, con aprobado, y Psicología Lógica y Ética, con notable. En todas las demás obtuvo sobresaliente —Latín y Castellano, Geografía, Religión, Historia de España, Aritmética y Álgebra, Retórica y Poética, Francés (primero)¹⁹—. Tampoco sus lecturas daban pistas del camino que finalmente eligió. Con excepción del prestigio que rodea a los médicos en algunas novelas de Galdós —y también de Daudet y Zola, de los que también fue asiduo lector—, nada apuntaba especialmente hacia la medicina. En definitiva, nadie sabe a ciencia cierta de dónde le vino su vocación, por lo que «cabe pensar que su resuelta orientación hacia la Facultad de Medicina no fue el resultado de una explícita y bien meditada querencia de su alma»²⁰.